

Prof. JUAN FERNANDO PÉREZ
 Psicólogo - Psicoanalista
 Universidad de Antioquia

DEL PENSAR Y NUESTRO TIEMPO

"La esencia de la técnica penetra nuestra existencia de tal manera, que apenas si lo sospechamos."

Heidegger

Durante el invierno 1951-1952 Heidegger, el pensador de nuestro tiempo, sistematiza su investigación en torno a la pregunta *¿qué significa pensar?* Formula entonces una tesis que, a pesar de la solidez y consistencia de su elaboración, sigue siendo desoída, ignorada y desdeñada hasta hoy. Dice Heidegger: "Lo gravísimo de nuestra época grave es que todavía no pensamos"¹.

Es evidente que se trata de una tesis provocadora e inquietante, más para una época como la de la técnica científica, que finalmente se supone a sí misma como aquella que ha llevado más lejos las posibilidades de la razón, la cual (razón), de una u otra manera, la época asume como equivalente al pensar. El planteamiento de Heidegger no se refiere a un hecho circunstancial, relativo a algunos momentos, ámbitos o individuos de la época. Se refiere a uno de los fundamentos de ésta, fundamento que tipifica y determina el curso de la época, como también la posición de ella ante el pensar y lo que de esa posición negadora se deriva.

Las respuestas propuestas a dicha tesis de Heidegger se han producido en general por la vía de los actos, que no por la vía del pensar. Se constata así de manera casi patética la validez de la misma. La época responde entonces de esta forma, y a través de variadas construcciones. Desoye el llamado, inventa dolorosas, nuevas y mayores formas del malestar, en gran parte derivaciones de su obstinación en la primacía otorgada a una búsqueda ciega del bienestar como fundamento de sus actos, en donde siempre adquieren prevalencias

1. Martin HEIDEGGER. *¿Qué significa pensar?* Ed. Nova, Buenos Aires, 1978. p. 11.

razones económicas, políticas y hasta religiosas. Así el pensar es relegado una y otra vez al olvido. En últimas imperan los ideales contruidos desde esa fascinación por la técnica científica y sus consecuentes modos de goce, efectos de la fuerza con que desde esa postura, la opinión y el pensamiento calculador oprimen el pensar.

Muestra así la época la dimensión tanática de su posición fundamental, obstáculo frontal que se erige contra esa posibilidad de restitución de su poder al pensar. Toda meditación se hace insuficiente y casi siempre esfuerzo evanescente, pues de lo que se trata en ámbitos que regulan u orientan las ideas prevalentes, es de legitimar las ubicaciones que velan y censuran el acceso a lo esencial, y con ello destinan casi siempre toda reflexión a lo insignificante y/o a lo mezquino, a partir de la huida de sí. Menos aún la reflexión se plantea para reconocer algo que permita dejar tras de sí las fascinaciones contruidas para producir el cierre de todo asomo al horror del sinsentido. Genera así la época las formas que garantizan su mantenimiento.

A pesar de lo irrisorio o siniestro que se torna el vivir desde ese lugar, y sorda la época a la invitación a redefinirlo, se sigue esgrimiendo especialmente el supuesto progreso de la época y de sus productos, como lo que debería seguir siendo el objetivo de la misma. Se puede así reconocer cómo toda posibilidad del pensar se troca en trabajo de reafirmación de una lógica radical edificada contra toda fijación de límites, trabajo, las más de las veces, intenso y eficaz, obsesionado en la novedad, el cálculo y la cifra, y por un desarrollo, ciego a todo aquello que pueda interrogarle inequívocadamente en lo más real de su ser. Se agudiza así

el olvido y se confirma el carácter grave de la época.

Quizás sea visible que la concepción del pensar que aquí es definida no tiene nada en común con aquella que concibe al sujeto humano como animal racional, es decir como aquel que es considerado como el que es capaz de pensar. Aquí se concibe el pensar como algo substancialmente diferente a algo meramente psicológico, es decir como un simple "tener pensamientos", cualquier mero juego de significantes. También como algo diferente de ese pensar calculador que, inhábil para la meditación, siervo de sus fascinaciones, supone su tarea definida por la producción de un rendimiento creciente e insaciable, sea cual sea el orden donde se ejerza y que se caracteriza por ser incompetente para develar "el sentido que impeña en todo cuanto es".

Es posible afirmar que al sujeto humano le constituye una radical obstinación contra el pensar, obstinación que la época de la técnica científica legitima, en especial cuando le otorga la primacía tanto a la opinión (o en su lugar al dogma, lo que en última instancia es equivalente) como a cualquier acción que se defina esencialmente a partir del ser eficaz y rápida; justamente contra el pensar. Poder redefinir su posición ante el ser del sujeto acaso pudiera ser claro a nuestra época. Sin embargo no lo es, y parece difícil ver cómo lo puede efectuar.

Al sujeto contemporáneo lo irrisorio de su vivir apenas si le interroga. La catástrofe finalmente tampoco. Son rasgos éstos que permiten establecer lo propio de la época, lo propio del goce que la misma engendra e impone. Y cabe entonces preguntarse: ¿cuántas catástrofes (el arrasamiento despiadado e inexorable de tantos lugares y formas de vida en el plane-

ta, la devastación de cuántos bosques en favor de la producción de papelería insulsa y efímera como los mismos bosques destruidos; Bosnia o Urabá; dramas mortíferos, de metrallas y explosivos mutilantes, en los barriadas de todas las urbes de hoy; o todo tipo de guerras y miserias anónimas, colectivas o individuales, actuales o pretéritas, entre los miles de ejemplos posibles) serán necesarias para percibirlo, mejor aún, para pensarlo, y poder actuar verdaderamente en consecuencia? ¿Es esa imposibilidad de imponer un límite a su goce aquello que constituye el fundamento de tal obstinación? En general cada sujeto de la época hallará en la defensa de lo ilimitado del goce, uno particular donde legitimar lo esencial de su postura y con ello también legitimar la época. Y los hombres, decimos, continúan así fascinados por todo aquello que como objeto es conquistador, para obturar su carencia fundamental de ser, antes que examinar su posición ante sí mismos.

¿Acaso será posible imaginar hoy algún momento y lugar en donde el pensar no continúe siendo sustituido indefinidamente por la obstinación en un destacar simplemente la utilidad de la tecnología, como por una febril hiperactividad, definida por la urgencia antes que por la conciencia de lo esencial, por el desencadenamiento, muchas veces inconsciente pero no por ello menos imprudente, de todo tipo de posiciones destructoras, autodestructivas, en efectos de ese esfuerzo multiplicado en la negación al pensar? Hay un malestar renovado hoy en la civilización que parece pertinente interrogar. ¿En últimas se trata acaso de una voluntad de actuar y de obrar que ha arrollado toda posibilidad al pensar?

De ser así ¿de qué depende esa voluntad de actuar y de obrar que

resulta tan imperiosa, y que los hombres de la época parecen sentir de la manera más gozosa cuando consiguen hacerla acto? Porque es necesario destacarlo: no importa poco en qué se funda ese obrar, o finalmente a qué está destinado, si este aparece resolviendo cualquier detención del movimiento, detención siempre percibida como parálisis, pasividad, inutilidad, o mera contemplación. Parece entonces necesario pensar aquí que relación existe entre actuar, pensar y goce.

Existe un concepto psiquiátrico, adoptado y repensado por el psicoanálisis, que considero oportuno invocar, como punto de partida para el examen de lo indicado. Se trata del concepto de "paso al acto". En efecto la confrontación con la locura pone en evidencia algo que, de alguna manera, todos los hombres saben: hay ocasiones en que los sujetos actúan simplemente; sin medir ni calcular las consecuencias de sus actos. Estos se imponen por encima de toda consideración o efecto. Así, hay sujetos que bajo tales imperativos, dañan o se dañan a sí mismos, matan o se suicidan; también lo hacen en forma inocua aún cuando involuntaria pero obligatoriamente. Es, en cierto sentido, lo contrario de otro fenó-

meno, también objeto de la psicopatología y del psicoanálisis, llamado inhibición. Se trata de esa incapacidad, por encima de todo esfuerzo, para hacer aquello que el sujeto desea o se ha propuesto. Las inhibiciones motrices o relativas a la sexualidad son bien conocidas, como son por ejemplo las impotencias sexuales. Y también es conocida esa curiosa relación que se da ocasionalmente entre aplazamiento y prisa para actuar, propia de cierto tipo de sujetos. Estos permanecen paralizados para ejecutar un acto, a pesar de los esfuerzos que realizan para ejecutarlo, y de repente se ven acosados por la prisa más imperiosa que les impulsa al acto. Todo lo anterior muestra que de alguna forma existe una antinomia entre la acción y el pensamiento y no, como lo suponen ciertas filosofías racionalistas propias de la época, el acto sería una consecuencia lógica de la razón. Esa antinomia rige no solo para los sujetos perturbados sino en general para todo aquel que disponga del inconsciente.

De lo anterior parece posible extraer una consecuencia cuya implicación no escapará a aquel dispuesto a escucharla: si bien hay circunstancias en que el pensamiento paraliza la acción también es cierto que la acción paraliza el pensar. ¿Es el caso de aquel que subyugado por un goce particular que comporta el acto, renuncia así a toda consideración acerca del mismo? Ψ

